

# NUESTRO TIEMPO

## EL SERMON DE LA LIBERTAD

Con este título el diario "La Prensa" celebra la insólita alocución del R. P. Ducatillon, pronunciada en la Basílica de Santo Domingo, en la ceremonia de acción de gracias por la liberación de París. Rubrica con él, jubilosamente, el órgano máximo del liberalismo entre nosotros, la libertad "libertaria", objeto del panegírico, en el que el orador revistió el paso de sus grotescos héroes, "pueblo de la Bastilla, pueblo de las barricadas... pueblo de la marsellesa, pueblo de la resistencia... pueblo portador de la antorcha de la libertad... Rusia, el gran pueblo".

Fueron enaltecidos por el orador católico "aquellos modernos principios de libertad desenfrenada, inventados en la gran revolución del pasado siglo y propuestos como base y fundamento de un *derecho nuevo*, nunca jamás conocido, y que disiente en muchas de sus partes no solamente del derecho cristiano sino también del natural" (León XIII, *Inmortale Dei*).

Mídese la gravedad de la actitud del imprudente orador cuando se tiene presente que esta libertad ha sido condenada en celeberrimos documentos públicos, por el alto Magisterio eclesiástico cuyas doctrinas y normas véase obligado a admitir todo católico, con asentimiento aún interno y bajo pecado grave contra la fe, desde que Gregorio XVI promulgó, el 15 de agosto de 1832, su famosa encíclica *Mirari Vos* contra el grupo de católicos liberales de *L'Avenir*, encabezado por Lamennais "en la que condena la insolencia y gravedad de los que agitados por torpe deseo de desenfrenada libertad, no se proponen otra cosa que hollar los derechos de los príncipes y reducir a los pueblos a miserable esclavitud, engañándolos con apariencias de libertad... Y no por otro motivo que para congratularse con Lutero de haber roto todo vínculo de dependencia, se esfuerzan estos innovadores en cometer audazmente las mayores maldades".

Pío IX reiteró en su célebre Carta "Quanta Cura" del 8 de diciembre de 1864 la condenación de la libertad "libertaria" de los que sostienen que "tienen derecho los ciudadanos para toda libertad sin que la ley eclesiástica ni civil la pueda reprimir, libertad para manifestar y declarar públicamente cualquier idea, ya de palabra, ya por medio de la imprenta o de cualquier forma. Y no advierten que mientras piensan y consideran todas estas cosas están predicando las libertades de perdición".

Pero es León XIII quien, en forma más sostenida y esclarecida ha establecido los términos de "la verdadera y legítima libertad" y ha condenado "las llamadas libertades modernas" (sic); así en "*Diuernum illud*" del 28 de junio de 1881, después de establecer los derechos de la autoridad, cuando añade: "Pero si no pudo suceder que la potestad política se quitase de en medio de las ciudades, agradó ciertamente emplear todas las artes y medios



Rectifica animam servi tui; quia ad te Domine, animam meam levavi

El Evangelio de la dominica décima quinta después de Pentecostés (10 de setiembre) narra el milagro de la resurrección del hijo de la viuda de Nain.

para debilitar su fuerza y disminuir la majestad; y esto sucedió principalísimamente en el siglo XVI, cuando una pernicioso novedad de opiniones infatuó a muchísimos. Después de aquel tiempo, la multitud pretendió, no sólo que se le diese la libertad con más amplitud de lo que era justo, sino que también le pareció formar a su arbitrio un origen y constitución de sociedad civil. Y aún más: muchos modernos, siguiendo las pisadas de aquellos que en el siglo anterior se dieron el nombre de filósofos, dicen que toda potestad viene del pueblo, por lo cual, los que ejercen la civil, no la ejercen como suya, sino como mandato o encargo del pueblo, de modo que es ley entre estos modernos que la misma voluntad del pueblo, que legó la potestad, puede revocar su acuerdo, cuando le pluguiere..."

Con más fuerza, si cabe, en "*Quod Apostolici Muneris*" del 28 de diciembre de 1878, promulgada "contra las sectas socialistas" (sic) había escrito: "De aquí que, con una nueva impiedad, desconocida hasta de los mismos gentiles se han constituido los Estados sin tener cuenta alguna con Dios ni con el orden por El establecido. Se ha vociferado que la autoridad pública no toma el principio, ni la majestad, ni la fuerza, del mando de Dios, sino más bien de la multitud popular, que, juzgándose libre de toda sanción divina, sólo ha permitido someterse a aquellas que ella misma se diese a su antojo... Diseminadas por todas partes estas doctrinas, introducidas en todas partes esta tan grande licencia de pensar y obrar... no es maravilla que ya no exista tranquilidad alguna de la vida pública o privada, y que ya el mundo haya llegado casi a la última perdición".

Pero es en la celeberrima "encíclica acerca de la libertad humana" del 28 de junio de 1888 e intitulada "*Libertas*" donde el sabio Pontífice establece la doctrina de la libertad y reprobando a aquellos "imitadores de Lucifer, cuyo es, aquel nefando grito: *No serviré*, que con nombre de libertad defienden una licencia absurda. Tales son los partidarios de ese sistema tan extendido y poderoso, que, tomando nombre de la libertad, quieren ser llamados *liberales*". Y es allí donde distingue los tres liberalismos: el radical, que pregona una independencia absoluta del hombre de toda ley divina y humana; el mitigado, que acepta la sumisión del hombre al derecho natural pero no acepta la subordinación al orden sobrenatural; y uno, aún más moderado, que somete a los individuos pero no a los Estados a las prescripciones sobrenaturales, de que la Iglesia es depositaria. Después de condenar las tres formas dichas de liberalismo pasa a condenar la libertad de culto, libertad de imprenta y libertad de enseñanza, y concluye diciendo: "Síguese de lo dicho que no es lícito de ninguna manera pedir, defender, conceder la libertad de pensar, de escribir, de enseñar, ni tampoco la de cultos, como otros tantos derechos dados por la naturaleza al hombre. Pues si los hubiera dado, en efecto, habría derecho para no reconocer el imperio de Dios y ninguna ley podría moderar la libertad del hombre. Síguese también que, si hay causas justas, podrán tolerarse estas libertades, pero con determinada moderación para que no degeneren en liviandad y licencia. Donde estas libertades están vigentes usen de ellas para el bien los ciudadanos, pero sientan de ellas lo mismo que la Iglesia siente. Porque toda libertad puede reputarse legítima, con tal que aumente la facilidad de obrar el bien; fuera de esto, nunca".

A la luz de estos gravísimos documentos del Magisterio Vivo, al que le debe adhesión firme e inquebrantable todo el que quiere permanecer en la Verdad, aparece qué se ha de pensar de la prédica de este clérigo que, traicionando la cátedra del Espíritu Santo, se ha convertido en panegirista de la "libertad" que culmina en la Revolución soviética.

JULIO MEINVILLE.

## SUMARIO

NUESTRO TIEMPO: Realidad Política Argentina. — La Palabra del Papa. — Francia, el gran protezto. — Política Gremial. — SANTIAGO DE ESTRADA: Exaltación de la Cruz. — LOUIS LE CARDONNEL: Tu que me apareciste.

— CARLOS A. DISANDRO: El Problema de la Lírica. — SHELLEY: Music when soft voices die... — PEDRO A. SÁENZ: Concierto de Castro en el Politeama. — MIGUEL RETO:

Exposiciones: Demetrio Urruchua. — Re-seña de lecturas. — Vida intelectual. — Economía. — JUAN ANTONIO BALLESTER PEÑA: Dibujos de la Carátula y de la Cruz. — Francisco Fornices: Dibujo.



## EXALTACION DE LA CRUZ

¡Por tu Cruz, Señor, redimiste al Mundo!  
¡Recibid pues nuestras alabanzas ahora que vemos cernirse el Santo Signo sobre el haz de la Tierra!

Porque pronto caerá el velo del Tiempo, y el Signo de la Cruz brillará en el Cielo. Ya su Sombra se proyecta sobre nuestras pobres cabezas de barro. La dulce Sombra que protege a la Santa Iglesia. La terrible Sombra en que se debate la humanidad deicida. Esa misma Sombra que un día será disipada por los fulgores del Signo, cuando los justos reciban la gracia de la Visión y los réprobos queden sumidos en las más espesas tinieblas.

Como la Cruz, Signo de contradicción (madero infamante y cetro real, vara de Justicia y tabla de Salvación), así su Sombra: sobre el sacrilegio florece el Martirio; sobre el pilaje, la santa Paciencia; sobre el odio y el crimen, la Resignación, y sobre los siete pe-

cados capitales, en que aún hoy se pretende asentar la torre inconclusa de Babel, triunfan la Fe, la Esperanza y la Caridad.

¡Sombra de la Cruz! Terrible para la humanidad rebelde, como lo fué su cruz (Sombra también de la Cruz) para el mal ladrón que en su agonía blasfemaba por haber recibido el justo castigo de sus delitos... ¡Verdaderamente mil veces más provechoso el ejemplo del buen Dimas! Siguiéndolo, la humanidad, en medio del dolor y de la muerte, obtiene idéntica respuesta: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso". Hoy y con El.

Así, mientras la Cruz proyecta su Sombra sobre nuestras cabezas de barro, nuestros pies se aproximan al umbral del Paraíso. No del Paraíso que perdió Adán, sino del que nos regaló Cristo Nuestro Señor. Si hacia el de Adán nos dirigiéramos, gozaríamos desde ya del apacible solaz del árbol puesto en medio de aquel lugar de delicias. Pero bien se ve que vamos al otro, al coronado por la Cruz.

¡Oh buena Cruz que recibiste tu belleza de los miembros del Señor! ¡Sería posible que, después de haberte deseado durante tanto tiempo y haberte buscado sin interrupción, la humanidad no se abrazase a ti y exclamase

con el Apóstol Andrés: ¡por ti me recibas Quien por ti me redimió!

Sin embargo, a veces la humanidad parecería horrorizarse de la Cruz. Diríase que se deja seducir por la vana ilusión de alcanzar el Paraíso terrenal, y hace sus deleites y reclama su Justicia, olvidando que desde la Caída perdió para siempre esos deleites y esa Justicia. El Señor, que luego de su cruento Sacrificio podría haberle devuelto todo ello, ha preferido operar la Redención de un modo mucho más espléndido, y ha hecho a los hombres sus hermanos en el Dolor y en la Gloria.

De ahí que desde entonces podemos exclamar: "Oh Cruz, salve, esperanza truca". Porque nuestra esperanza y nuestro premio están en la Cruz. En la Cruz llevada con amor y alegría de corazón aquí en la Tierra, y en esa misma Cruz que en el día de la Visión nos será dada como cifra y compendio de todas las maravillas de la Misericordia.

Cuando se corra el velo que cubre la Eternidad y el Santo Signo brille en el firmamento, las miradas de los justos permanecerán absortas en la contemplación del Misterio, y el asombro será redoblado con el convencimiento de que el Signo estuvo siempre allí. Nuestros enfermos ojos carnales no pueden verlo ahora; pero el Señor no ha querido ocultárnoslo del todo, y he aquí que nos deja ver su Sombra.

Por eso a través del Dolor intuimos el Gozo inexpresable, y cuando por los cuatro confines del Mundo se pregona la victoria orgullosa de la Carne, la ley de la Fuerza y la Soberbia de la Vida, ¡ah! nosotros, conscientes de que todo ello no es más que Sombra de la Cruz, proclamamos el Triunfo de Aquel que es manso y humilde de corazón y vence al Mundo por el hecho mismo de su Sacrificio.

No se trata de un triunfo que ha de venir como revancha o desquite de las humillaciones pasadas; si tal fuese no sería triunfo de la Cruz. No, lo que proclamamos es el Triunfo ya logrado, que, si bien permanece oculto para los ojos de la Carne, será revelado el gran Día que pronto ha de llegar. Y nuestro desquite consistirá en escuchar de labios de todos los hombres: "Verdaderamente cumplido fué lo que cantó David en fiel canto, al decir: Dios reinó sobre las naciones por el Madero".

SANTIAGO DE ESTRADA.

## EL PROBLEMA DE LA LIRICA

Si echamos una mirada a la poesía argentina, desde la colonia a nuestros días, observamos, con indefectible sucesión, una misteriosa ausencia de líricos, una desesperante *cortedad* lírica, un vuelo pesado sobre la historia, las intimidaciones, el paisaje, una frialdad de visión inteligible por una auténtica experiencia poética. Hay poetas, es verdad, y nadie podría negarlos, pero aún no ha crecido, incontenible como aurora al mediodía, el canto esencial y desnudo de una lírica genuina. Desde la insoportable pobreza y mal gusto, afrancesados a lo romántico, de Echeverría, coetáneos y secuaces, pasando por la oratoria finisecular, hasta el modernismo y renovación siglo xx —incluyendo en ésta aún a los poetas que vuelven a perennes fuentes espirituales, como el catolicismo, su Teología, su Liturgia, su visión del mundo, de la vida y de Dios, renovación poderosa por lo recio y elegido de la inspiración— no sorprendemos, en ningún caso, una total conversión en experiencia lírica y luego una pura y ceñida expresión lírica, despojada de posturas y escuelas literarias. Libros y poemas, títulos y estrofas, versos flotantes en un alocaído frenesí de imprenta, pero no la línea perenne y misteriosa, que en la unidad musical e inteligible, en la operación demiúrgica de un verdadero tono esencial, nos desciende, por

vías de experiencia y de connaturalidad, a la intimidad del ser y nos provoca a una directa y encendida contemplación: *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt...*

Es claro que no apuntamos a un problema de géneros literarios, sino al ser de la lírica en las letras argentinas. Problema de sustancia y de expresión, problema de espiritualidad en nuestra cultura. La santidad, la metafísica y la lírica son tres direcciones hacia un mismo descanso final y dan la inequívoca tensión espiritual de una cultura, frente al ingente amontonarse de máquinas y papel impreso, frente a la concepción anglo-yankee, por apostasía de raíces protestantes y de apretada urdimbre judeo-masónica. Norte América no tiene cultura, como universalidad de cultura. Sólo tiene cantidades en diversas individuaciones: votos, oro, ejércitos, edictos, cine, fábricas, masas humanas. Esta es al menos la orientación cuantitativa contraria a la metafísica y a la lírica, según la concepción griega y por lo mismo genuinamente occidental, aunque propicia, en una probable y lógica catástrofe del hombre y el espíritu, según la visión teológica de la Iglesia, a la santidad del martirio.

La tensión cultural de nuestra patria se ha de alcanzar también por santidad, por metafísica y por lírica, de un lado, y de otro, por un heroísmo creador, despojado de escrúpulos puritanos y sentimentalismos vacuos de caridad. Conversión ávida y total hacia el Ser, sea desde la Gracia, la especulación o la experiencia poética. Vuelta al señorío del hombre, en una creciente exaltación a lo divino y, auténticamente, es decir, con actualidad de jerarquía, a todo lo que de Él es creatura.

En nuestro caso de la lírica —que por ser asunto de experiencia, sabroso, trágico deleite y contemplación connatural, realizados luego en un mundo de unidad poética y de sentido autónomo, aunque no arbitrario— la solución no puede venir del crítico ni del teórico, sino del propio poeta creador. Pero es evidente que se pueden señalar progresiones o conversiones a principios, no temporales sino esenciales, y soltar el caudal de fuentes inmutables —*sanctos recludere fontes*— sobre todo porque las letras, y también la lírica, tienen un orden en el tiempo, como esas que provienen del hombre.

Este es el gran ejemplo y la indiscutible maravilla del siglo XVIII alemán y su continuación en el XIX y aún de lo más genuino del romanticismo, patrimonio exclusivo de las generaciones alemanas que buscaron su ser y su ruta.

Nuestra patria busca su ser y su vuelo, su efectividad universal, dentro del preciso, recio y heroico cuadro de su nacionalidad para ser algo más que naturaleza productora y ordenamiento político, algo más que individuación temporal; para ser ejecutora de valores universales, como lo son España, Alemania, Francia e Italia. Y en esto la lírica, como en lo propio la filosofía y la santidad, no es un amanerado devaneo literario, materia luego de un concurso, ni un elegante y fino oficio de élite afrancesada, ni tampoco un volcar, generoso, aunque en conceptos, imágenes y palabras, la restauración jerárquica de los conocimientos; es ahondamiento trágico y penetración alucinada hacia lo divino. Y como en aquella Alemania del siglo XVIII, no en la racionalista de la Aufklärung, sino en la vidente y estremecida de Hölderlin y Goethe, —que afirmó la capacidad creadora a lo largo de tres siglos sucesivos—, nuestra Argentina del siglo XX ha de encontrar una vía de concentración hacia su plenitud universal, acudiendo la diabólica niebla impura del Norte y rechazando el mezquino cerrarse a lo autóctono. Sepámoslo bien: crear es el problema, dentro de la tradición y de la raza, pero no para descansar en un eriolismo infecundo, ajeno para entregar a la gloria una argentinidad pura, potente, rectora del espíritu y la ciencia. Y esto es lo que clamamos para nuestra lírica:

## TU QUE ME APARECISTE...

Tú, que me apareciste bajo lípidos cielos,  
En plena adolescencia ingenua y sensitiva,  
Tú, que diste consuelo a mi espíritu ansioso  
Mezclando la frescura de tu vida a mi vida.

Por los caminos que hemos atravesado juntos,  
Cuando la primavera reía entre las frondas,  
Por momentos presentes, por instantes pasados,  
Sé bendito, y bendito por las futuras horas.

¿Hay algo más hermoso entre lo que conmueve,  
Y al corazón más grato que la alta frente cándida,  
Que la órfica frente de un cantor de tus años,  
Al que un cantor más viejo laurea de alabanza?

¡Oh hijo de armonía de comarcas solares,  
Todo inflamado en ansia de divinos trofeos,  
En tu juventud pura, al sueño entrelazada,  
Aún murmuras, muy quedo, las rimas de tus versos!

¡Ah, no son nuestros días propicios a tus cantos!  
Ya las mismas mujeres todo ideal deponen:  
Los hombres enconados desprecian al Aedo;  
Se hace burla de intentos y de santos fervores.

¿Qué será el porvenir?... ¡Por qué has de preocuparte!  
Sobre tantas bajezas, tú prosigues sereno;  
De tu lírica fe conservas el tesoro,  
Y anhelas la corona de los laureles délficos.

¡Premio de esfuerzo, premio de sudores viriles,  
Que esa inmortal corona por fin tu frente ciña!...  
Mas habrá que lograrla con no pocos dolores:  
Deja ya de dormir, sufre, sangra y medita.

Y para que algún día el Éter justiciero,  
Tras el camino ateo y la blasfemia vana,  
Te reciba, remonta la ruta que frecuentan,  
Junto al Genio lloroso, las Virtudes vejadas.

LOUIS LE CARDONNEL.

(Traducción de Angel J. Battistessa).

honda, inconfundible, perenne, trágica universalidad, transfiguración inmutable, vuelo decisivo hacia las cimas. Abandonamos la ingente maquinaria de metafóras ausentes de la tiniebla inteligible del poeta y tenemos la ardua empresa de contemplar. Al ser volvamos también líricamente, como es necesario volver en las comunicaciones de la santidad y en las sequedades de la filosofía.

La lírica es contemplación. Es menester aprender a contemplar para no ser esclavo de las propias imágenes y cerrar el paso desde éstas a una más íntima y secreta experiencia. Cuando leemos a Píndaro o a Virgilio se nos incorpora un hábito de contemplación, que va más allá del seco aprendizaje de la lengua. Nada es más inerte que un humanismo puramente idiomático, que es a la verdad el que se ha practicado en nuestro país, si alguno se ha practicado, y que, por cierto, no alcanza ni los bordes de la enseñanza ciceroniana. Volver a las fuentes es volver al ser de las fuentes y comprender, con experiencia unitaria y viva, el gusto de sus aguas. Y no hay peligro de quedarse en una imitación. Nadie pide tampoco la imitación. Pe-

dimos substancia, sentido y universalidad, pedimos encendimiento y visión, un mundo lírico término de una contemplación y grado de más elevada subida.

Hölderlin es el indiscutible lírico moderno. Y si no imitó con adecuación francesa a la antigüedad, sin embargo partió de una contemplación del espíritu griego y nos entregó quizá su sentido más hondo en el ser genuino de una lírica universal.

El problema de la lírica no es, como muchos creen, una cuestión de poetas editados, por discretos que fueren. Es un hábito de estar con lo divino y de iluminar, en el misterio inteligible del lenguaje poético, el mundo y el hombre. La lírica es un hábito de esencias, por un ascender y descender connatural. Insértase además en el realizar el hombre la alabanza y en el crear por la fantasía. Hacia lo divino, sin desposeerse de las cosas, pero acendrando la inteligencia

*Quod si me lyricis vatibus insequer  
Sublimi feriam sidera vertice.*

CARLOS A. DISANPRO.

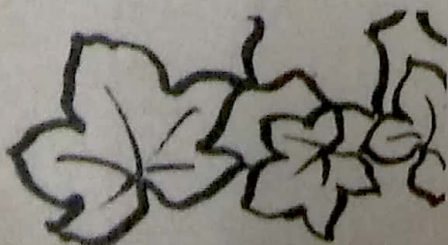
# LA PALABRA DEL PAPA

Frente al comunismo ateo, que, con el triunfo de las armas soviéticas, amenaza por el este a Europa y al orbe, el Papa ha dejado oír su voz de Pastor Universal de la Cristiandad exhortando a todos, aún "a aquellos que no pertenecen a la Iglesia", a hacer un supremo esfuerzo para conservar la "fidelidad al legado de la civilización cristiana y su poderosa obra contra todas las corrientes ateas y anticristianas".

La palabra augusta del Papa se mantiene en la misma línea de las célebres cartas *Caritate Christi*, del 3 de mayo de 1932, y *Divini Redemptoris*, del 19 de marzo de 1937, en las que su ilustre Predecesor, de feliz memoria, S. S. Pío XI, denuncia contra los de la *main tendue* el gravísimo peligro del comunismo ateo como el mayor mal que puede cernirse sobre la tierra y exhorta "a esta lucha empeñada por el poder de las tinieblas contra la idea misma de la divinidad" a que se "opongan" no sólo "los que se glorían del nombre de Cristo" sino "también cuantos creen en Dios y lo adoran, que son aún la inmensa mayoría de los hombres. Renovamos, por tanto —dice Pío XI— el llamamiento que hace ya cinco años lanzamos en nuestra encíclica *Caritate Christi*, a fin de que ellos también concurran leal y cordialmente por su parte, a "alejar de la humanidad el gran peligro que amenaza a todos..." Todos los que no quieren la anarquía y el terror deben trabajar enérgicamente para que los enemigos de la religión no alcancen el fin tan abiertamente por ellos proclamado. "(*Divini Redemptoris*)"

Dice Pío XII en su llamamiento del Primero de Setiembre:

"Por esta razón nos dirigimos a todos nuestros hijos e hijas de este vasto mundo y aquellos que, aunque no pertenecen a la Iglesia, se sienten unidos a nosotros en esta hora, quizá por decisiones irrevocables, para formular un urgente llamamiento, a fin de que cooperen en la ponderación de la extraordinaria gravedad del momento y en la consideración de que por encima de todas las cosas y la cooperación con otras diferentes tendencias ideológicas y fuerzas sociales, que puede ser sugerida por motivos esencialmente contingentes, la fidelidad al legado de la civilización cristiana y su poderosa obra contra todas las corrientes ateas o anticristianas, es la llave magistral que no puede ser sacrificada por ventaja temporal alguna o combinaciones cambiantes. Esta invitación, que confiamos tendrá cordial acogida en millones de almas en todo el mundo, tiene el objetivo principal de lograr una leal y eficaz colaboración en todos aquellos campos de la actividad en que la creación de un orden jurídico más justo es exigida por la misma idea del cristianismo".



## REALIDAD POLITICA ARGENTINA

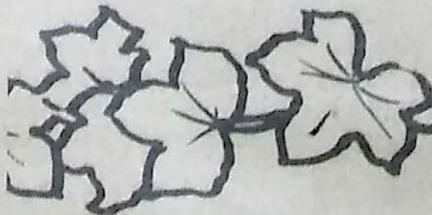
Hemos tratado de analizar la realidad social argentina que se presenta al gobernante como materia a la cual debe el dar forma, infundándole la idea ejemplar de orden. *Paxima virtutis, ordinatio rationis, forma de virtutis y ordenación de la razón, llamaba la filosofía tradicional a esta idea ejemplar.*

Pero no concebía la posibilidad de llevarla a ejecución sino lograba antes la paz o unidad del conglomerado social. Célebre es la enseñanza de Santo Tomás en su famoso tratado del Regimiento de los Príncipes, cap. II, cuando escribe: "La intención del que gobierna debe dirigirse a procurar la salud de aquel cuyo gobierno recibió. Propio es del timonel que, guardando la nave de los peligros del mar, la conduzca incólume al puerto de salud. Ahora bien, la salud y el bien de la multitud reunida en sociedad consiste en que se mantenga su unidad, que se llama la paz, la que si faltare, desaparecería la utilidad de la vida social; más aún, la multitud en disensión resulta pesada carga. Procurar la unidad de paz ha de ser, por tanto, la tarea principal del rector de la muchedumbre".

No ha de ser ello difícil cuando la realidad social que ha de someter a gobierno, se oferta al gobernante apeteciendo esta unidad de paz, como su mayor y primer bien.

Pero el asunto no se plantea tan sencillamente. El pueblo es como un niño que ignora lo que le conviene; tiene reacciones afectivas de complacencia o displacencia frente a estímulos exteriores pero está privado de toda facultad de juicio que le permita apreciar qué le convenga. En rigor, no quiere nada determinado fuera de un deseo inexpresado, vago y confuso de tranquilidad. Con mayor razón sería inconsulto exigirle que conozca las causas que pueden acarrearle dicha tranquilidad. Por esto mismo, hoy y siempre, el pueblo debe ser gobernado. Quiere decir que de otros que no sea el pueblo mismo o algo con él consubstancializado, ha de venir la inducción del orden que le conviene. Y por las razones que apuntaremos luego, es esto hoy más necesario que nunca.

Tarea propia del Político —en el signifi-



cado noble de esta bastardeada palabra— es la de ordenar la masa social. Pero diversos son los políticos o grupos políticos que pretenden conducirla en una dirección determinada. Y esto agrava la labor del gobernante, porque la masa social, tironeada en divergentes direcciones no atina a quién seguir y por la rivalidad de los grupos, queda sediccionada.

Sin embargo, el político no puede ignorar la existencia y características de estos grupos que se presentan con el propósito de fijar una orientación determinada de convivencia política a esa realidad social que hemos descrito como apolítica y ansiosa de unidad de paz (?). Estos grupos podemos reducirlos a cuatro: el comunista, el popular, el oligárquico y el nacionalista.

El grupo comunista es muy reducido pero sumamente activo, dotado de fuerte voluntad proselitista, no desperdicia ocasión para sembrar intranquilidad, provocando dificultades a todo gobierno, por el hecho de serlo. Posee condiciones de organización, abunda en recursos, es habilísimo para burlar la acción policial y pareciera que cuanto más implacablemente se le persigue, más rabiosamente brotare. Rusia soviética es bandera de este grupo.

El grupo popular, donde tienen cabida tendencias relativamente diversas, puede caracterizarse por su anhelo de que la masa social —desasosegada, confusa, veloz— se gobierne a sí misma; es decir, de que el gobierno sea expresión lo más fiel de la realidad social. Un gobierno de esta índole será católicoide, con un evidente interés de captarse las simpatías del clero y de los católicos; nacionaloide, al menos en las expansiones verbales y en un sentimiento de urgencia; y no ocultará su inclinación hacia Norteamérica, no siendo impermeable a una en-

trega disimulada que no levante la ira popular; será constitucionalista, democrático, libertario y de justicia social.

El grupo oligárquico, representativo de las típicas fuerzas del conservadurismo, aun cuando no renuncia a los "abigarrs" de la democracia, de la libertad, y aún del nacionalismo, quiere hacer valer en el orden político los privilegios que su condición de ricos industriales, distinguidos hacendados y respetables profesionales les asina en la esfera social. No ocultan su marcada preferencia por Gran Bretaña. Este grupo es anti-católico frente y considera la difusión religiosa como freno útil a los apetitos de la masa; se siente nacionalizante, en cuanto entiende que la prosperidad del país —poco importa las condiciones bajo las cuales se realice— ofrece oportunidades de pingües negocios.

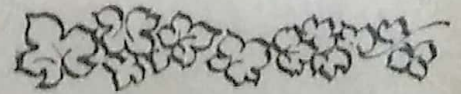
El grupo nacionalista, en el cual se ocultan muchos subgrupos oscuramente diferenciados, pareciera obedecer a un propósito de recuperación espiritual, económica y política del país. Es un movimiento de juventud que se afirma antidemocrático y denuncia la farsa del electoralismo, a base de sufragio universal y de partidos políticos; es revisionista en economía, en cuanto quiere dentro del país y en beneficio de la nación el manejo de la riqueza; lo es en educación e insiste en que ésta sea tradicional, católica y con un sentido heroico de la vida. Se confiesa católico y, aunque xenófobo, no disimula sus deseos de la derrota aliada en el actual conflicto bélico.

Son estos los cuatro grupos políticos más caracterizados que actúan sobre nuestro conglomerado social, amorfo y abúlico y que, de una u otra forma, tienen su equivalente en todos los países del mundo moderno.

De estos grupos, el comunista no prende en la realidad social; su probabilidad de éxito se funda en la toma del poder por un golpe de mano, para, desde allí, imponer implacable y sangrientamente su programa revolucionario. Mientras esta oportunidad no llega, se entrega con tenacidad a la tarea de aflojar todos los resortes de la actual estructura de la sociedad para que ésta se precipite en el caos. El grupo oligárquico tampoco puede engarzar en la realidad social; representa el privilegio, la distinción y otros valores odiados por la multitud en general.

En realidad, las dos únicas políticas con posibilidad de arraigo en nuestra realidad social son las representadas por el grupo popular y por el nacionalista. Una y otra deben ser más detenidamente estudiadas.

Si prescindiéramos de esquemas y de tópicos corrientes, hemos de reconocer que el gobierno popular responde a una realidad profunda, existente en el hombre, tanto individual



## FRANCIA, EL GRAN PRETEXTO

Toda persona con pizca de espíritu sabe lo que es Francia. Al genio de la nación francesa le es tan consustancial la universalidad, que apenas hay gesto de su historia doméstica que no sobrepase sus fronteras geográficas. Reconozcamos en esa ecuménica aptitud un rasgo genial de su espíritu. Pero rasgo de Francia y no de los franceses ya que, si in cuestionable la universalidad de aquélla, no lo es, en cambio, ni con mucho, la de éstos.

"La France est une personne", ha dicho para siempre Michelet. De ahí la repercusión humanísima de todo lo que a ella se refiera. No objetaremos, por lo tanto, que con motivo de la liberación de París —y por encima de toda bandera política— cordiales entusiasmos se manifestaran.

Pero era de presumir, también, que, dado el frenesí histórico de la época en que vivimos, ese primer impulso legítimo habría de desvirtuarse, a poco andar, ineludiblemente.

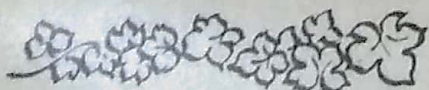
como socialmente considerado, esto es, a la realidad de querer moverse libremente, digamos de automoverse. A nadie le place que lo manejen. Nadie quiere sentirse gobernado. Esta realidad humana y por lo mismo conveniente, sana e indestructible, constituye el problema universal de la libertad. Y el gobierno popular que la levante como bandera encuentra eco real en el conglomerado social.

Pero aquí radica también el peligro del gobierno popular. Porque si la realidad social que es desasosegada, inquieta, confusa, amorfa, veleidosa y agitada por mil encontrados apetitos, quiere autogobernarse, autodeterminarse, moverse libremente, se impondrá forzosamente el imperio del desasosiego, de la inquietud y de la confusión. Será un desgobierno.

Tal lo que sucede en la realidad vivida. Hoy, cuando ha desaparecido el ordenamiento interno de la estructura social, todo gobierno popular es inevitablemente el imperio de la licencia. Y éste también un fenómeno universal. Hasta hace poco, cuando todavía se conservaban ciertos restos de ordenamiento social y en que por efecto del fraude o del privilegio en favor de la oligarquía no se aplicaba rigidamente el régimen electoral, podía resultar un gobierno tolerable; pero, efectuada la universalización del régimen democrático se hizo inevitable el imperio de la confusión. Tan evidente es ello que, dentro de nuestro régimen constitucional vigente no existe alternativa sino en el fraude que asegura a la oligarquía la permanencia en el poder o la entrega de éste a los apetitos desatados de la plebe, en elecciones limpias.

Y esta alternativa real, socialmente experimentada, constituye la justificación más convincente del nacionalismo. El nacionalismo presente —no digo ve— que la masa social no puede autogobernarse sino que debe recibir desde fuera las prescripciones de orden y disciplina; presente también que estas prescripciones deben fundarse en los valores tradicionales de vida. De aquí que el nacionalismo se muestre como pregonando un retorno a los valores antiguos de vida, a la metafísica, a la religión y a la heroicidad. Pero el nacionalismo que con tanta evidencia tiene estas percepciones, no percibe ni cuáles son en concreto estas normas tradicionales de vida ni cómo deben aplicarse. De aquí que frente al peligro del gobierno popular, el nacionalismo se encare con los grupos que lo representan, y a veces también, inconsultamente, con la realidad misma y erija en bandera su anhelo de formas pretéritas, expresadas en tópicos, e intente imponerlas por la fuerza.

Y aquí radica el punto débil del nacionalismo. Se ha constituido en pregonero de la fuerza o de la autoridad contra la libertad,



El pretexto estaba ahí. El pretexto era, nada menos, Francia.

No haremos, sin embargo, contabilidad de esas demasías. Declaramos que no nos interesan y que, en nuestro entender, carecen de importancia. Señalamos, sí, alarmados, —y por razones que ninguna persona sensata podrá desconocer— el espectáculo de ese predicador francés profiriendo demencias jacobinas desde el púlpito de Santo Domingo.

En sí mismo lo dicho por este sacerdote —famoso en la Francia del frente popular a causa de sus veleidades comunistas— no sería digno de comentario alguno. Nada agrega, en efecto, a la resobada y anacrónica propaganda libertaria de que es repetición huera. Pero se trata esta vez, por el lugar en que fueron pronunciadas esas palabras, de un caso extremo; de un caso insólito y peligroso. Por eso lo señalamos.

Quede, pues, inscripta claramente nuestra protesta. Y deseamos que la imagen de este vociferador de gorro frigio y puño en alto —junto al eco de los aplausos y de la música revolucionaria en el templo— sirva, por lo menos, para no reincidir en tamaña insensatez.

olvidando el hondo y universal valor de ésta; se ha constituido consiguientemente en enemigo de los valores vinculados a ella, como la cultura, la inteligencia y la vida, sin percatarse que la ordenación tradicional de vida —que con razón estima imprescindible para la salud del cuerpo social— ha de penetrar libremente, culturalmente, vitalmente, como obra de la inteligencia. Y al no percatarse de esto ofrece, a su vez, una convincente justificación al régimen popular.

La realidad social, entonces, anhelosa de paz —en cuya constitución entran el orden y la libertad— oscila entre dos movimientos que no pueden satisfacer plenamente: buscando libertad se entrega al régimen popular que la vuela en la confusión; y, evitando ésta y en busca del orden se entrega al nacionalismo que amenaza con privarla de la libertad. Drama fuerte que viven hoy angustiosamente todos los países del mundo moderno.

Pero el problema es sumamente profundo y digno de consideraciones que no pueden ser desarrolladas aquí, en toda su amplitud. Hay un hecho, cuya causa es necesario indagar. En todas partes se ha presentado el nacionalismo como enemigo de los valores vitales y, por ende, de la inteligencia. Creemos encontrar la causa de ello en que el nacionalismo siente que tiene razón contra la Modernidad, esto es contra la inteligencia moderna, y entonces reacciona ásperamente contra ella y le niega en absoluto toda valencia.

En rigor, la Modernidad es un proceso complejo que comporta, al mismo tiempo dos encontradas corrientes: por un lado, en una escala de valores tradicionales, es un movimiento descendente, cuyo punto de partida y de referencia es el hombre medieval; por otro,



en una escala de valores, según un modelo vital que tenga en cuenta el indudable acrecentamiento efectuado, bajo ciertos aspectos, en la línea humana, es un movimiento auténticamente ascendente.

Ahora bien, en este proceso el nacionalismo representa la causa de los valores tradicionales. Y en un momento en que la modernidad llega a un punto —que es su actual crisis— en que no tiene salida, en que no puede continuar, en que ha tocado fondo en el proceso descendente y parece si no echa mano de los valores permanentes humanos, el nacionalismo —que es la valoración de un bien tradicional y permanente que es la nación— tiene razón contra la Modernidad, y contra el régimen popular, que es su expresión política, y porque la realidad política vivida le da la razón, sin lugar a duda, al nacionalismo, y porque éste percibe lúcidamente que le da la razón y porque además se siente en un plano vital inferior que el de la modernidad, reacciona contra ella, con el mismo resentimiento y violencia con que el inferior que tiene razón reacciona contra el superior que no la tiene.

De aquí que el nacionalismo se presente en todas partes como un movimiento antiintelectualista, mecánico, violento y reaccionario. En esto atribuye el bien y el mal del nacionalismo. Su bien, en que tiene razón. La Modernidad lleva irremisiblemente a la desaparición del hombre, como sujeto de cultura, si no da ella un viraje en su camino y vuelve de nuevo a conjugarse con los valores permanentes, como la Iglesia, la familia, la nación y la autoridad. Su mal, en que por su atraso cultural no es capaz de hacer valer vitalmente la razón que posee.

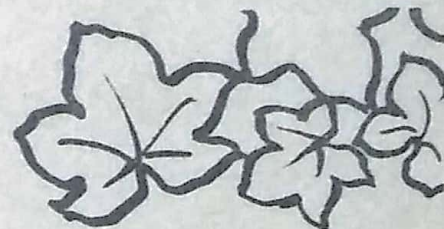
Conclusión: que el nacionalismo debe ser superado. Sin renunciar entonces a los grandes temas que constituyen su substancia debe ser integrado en el proceso vital de la Mo-

dernidad. Debe conjugarse con ella sin renunciar a su propia substancia. Y este es un proceso eminentemente de civilidad, de inteligencia. La fuerza —léase también la espada si se quiere— puede y debe ayudar deshaciendo una estructura social defectuosa y falsa que pone obstáculos a la labor de la inteligencia. Pero sólo esta puede abrir el camino por donde los valores tradicionales entren en la realidad social.

Por esto en Portugal el general Carmona respalda con su espada la obra inteligente de restauración vital de valores tradicionales que edifica la inteligencia de Oliveira Salazar.

NUESTRO TIEMPO.

(\*) Ver en el N° 10, del 1 de Setiembre, el artículo "Conveniencia Política".



## POLITICA GREMIAL

### EL DISCURSO EN LA BOLSA DE COMERCIO

El discurso del Secretario de Trabajo y Previsión, pronunciado en la Bolsa de Comercio el 25 de agosto tiene el mérito de ser una exposición franca de la política social que desarrolla el actual gobierno.

Hay en dicho discurso conceptos con los cuales no se puede sino estar de acuerdo y que, en este sentido, señalan un progreso sobre la evidente despreocupación que caracterizó a los gobiernos de la normalidad. Es exacto que "el abandono por el Estado de una dirección racional de una política social cualquiera que ella sea... es el desgobierno y la disociación paulatina y progresiva de las fuerzas productoras de la Nación"; que "hay una sola forma de resolver el problema de la agitación de las masas, y ella es la verdadera justicia social en la medida de todo aquello que sea posible a la riqueza del país y a su propia economía"; que el sindicalismo gremial es necesario para la salud económica del país; que también es necesaria la colaboración patronal.

Pero hay dos fallas fundamentales en la labor real que viene ejerciendo el gobierno, por medio de la Secretaría de Trabajo y Previsión. La una consiste en el intento de resolver los problemas gremiales, como desvinculados de la organización económica real, donde se entrecruzan múltiples intereses que dependen, a su vez, recíprocamente de causas financieras, industriales, comerciales, jurídicas y políticas. La interdependencia de todos los factores y elementos de la vida económica es tan fuerte que un intento de esta naturaleza no aporta soluciones reales y permanentes a las injusticias que se busca remediar; porque al aplicar remedios a los males gremiales dejando en pie el resto de la estructura económica trae como consecuencia o que aquellas no se remedien sino, en apariencia, y así vemos que el encarecimiento de la vida cercena por un lado el aumento que por otro se dió al obrero, o que esta se resienta, sino totalmente, por las causas excepcionales derivadas de la guerra, si parcialmente, condenando a la desaparición a pequeños comerciantes y productores, que al no poder satisfacer las nuevas exigencias estatales son absorbidos por el gran capital anónimo.

Perjuicio tanto más grave este, si se considera que el punto central de la salud económica nacional radica, como la observaba el Papa en su reciente alocución, en el desarrollo de la pequeña y mediana propiedad productiva.

La otra falla —también fundamental y

gravísima— consiste en que, muy por el contrario de lo que sostiene el discurso cuando atribuye a la acción de la Secretaría de Trabajo y Previsión el haber asegurado "la tranquilidad social", ha exacerbado el distanciamiento de las clases. El Estado no se ha colocado en su papel de árbitro de lo justo, que, por encima de los intereses de grupo o de clases, promueve el bien común, sino que se ha colocado de parte de una de ellas, y, a las veces, si hemos de juzgar por públicas y autorizadas manifestaciones verbales, contra la otra clase. Error gravísimo del que ha prevenido la Iglesia a los dirigentes sociales cuando les advierte que al hablar a los obreros no "exciten su animosidad contra los ricos, entregándose a declamaciones amargas y violentas de las que usan los socialistas para impeler a las masas a la revolución social" (Carta de Benedicto XV al Cardenal Marelli de 11 de marzo de 1920).

El Estado no ha de despojarse de su majestad en la intervención de los problemas gremiales.

## MUSICA

### CONCIERTO DE CASTRO EN EL POLITEAMA

Excepcional calidad y sumo interés, tanto por la importancia de las obras como por el valor de los intérpretes, tuvo el último concierto sinfónico dirigido por Juan José Castro en el Teatro Politeama. El programa, integrado exclusivamente por primeras audiciones, comprendía: "Sonata" para instrumentos de viento, de Pezel; "La Pasión", según el Evangelio de San Mateo, en versión gregoriana con "turbas" polifónicas de Tomás Luis de Victoria; "Concierto" para piano y orquesta, de Juan José Castro; "Rondas de Primavera", de Debussy y "El Mandarín Maravilloso", de Bela Bartok.

La "Sonata" de Johann Pezel, orquestada por Teodoro Fucks, fué lo menos interesante del programa. Compositor alemán del siglo XVII, Pezel no pasa de ser un exponente, ampliamente superado por muchos de sus contemporáneos, del estilo barroco, noble y majestuoso de su siglo. El genio individual, aparentemente menos necesario en épocas con estilo que en épocas sin él, brilla por su ausencia. El autor reproduce casi mecánicamente las fórmulas estilísticas vigentes, sin aportar nada propio de su individualidad. Por eso su escritura correctísima, incluso agradable, carece del acento de la sinceridad, tan claramente perceptible en otros clásicos como Purcell, Rameau, Händel, Bach.

La Pasión gregoriana con "turbas" polifó-

nícamente realizadas por Victoria puso al auditorio frente a una manifestación artística de suprema jerarquía y altísima espiritualidad. La mezcla gregoriano-polifónica nos hace pensar en esas estupendas iglesias de Europa mitad románicas y mitad góticas. La posibilidad de dicha yuxtaposición, más aún, la espontaneidad con que se realiza da testimonio de la unidad de una cultura. Más que dos estilos, el románico y el gótico, así como el gregoriano y el polifónico, son dos etapas vitales de un mismo estilo: el gran estilo de la cultura occidental. Así, en base a afinidades reales, ocultas a fuer de profundas, la polifonía y el canto gregoriano se combinan sin violencia; los sutiles modos medievales, mucho más sutiles que nuestros dos únicos modos modernos, constituyen el vínculo de orden técnico. El de orden espiritual es evidente.

Victoria, contemporáneo español de Palestrina, único rival digno del gran italiano, tan perfecto como éste y de un misticismo más humano, es en música lo que San Juan de la Cruz en literatura y el Greco en pintura; la misma perfección constructiva, igual hondura mística. El público quedó conquistado por esa manifestación de arte superior. Los coros, preparados por Pedro Valenti Costa, actuaron con ponderable sentido y perfección técnica y tuvieron en Castro un director de gran calidad. Sorprendió muy favorablemente la propiedad con que los solistas (lógicamente habituados a estilos vocales modernos) supieron adaptarse al ritmo y a la dinámica del canto llano. Nada de esa torpe pesadez con que tan a menudo se lo desfigura por completo. Angel Mattiello en su función

## MUSIC WHEN SOFT VOICES DIE...

El canto, cuando en suaves voces muere,  
en la memoria su vibrar adquiere;  
el olor de violetas, si claudican,  
perdura en el sentir que vivifican.

Las hojas de la rosa ya tronchada  
se agrupan en el lecho de la amada;  
e igual, el recordarte, si te has ido,  
superará al amor en su sentido.

SHELLEY.

(Traducción de Basilio Uribe).

de narrador se lució muy especialmente. Carlos Feller acertado y sobriamente expresivo en el rol de Jesús. Un poco flojo, Roberto Maggiolo.

El "Concierto" para piano y orquesta de Juan José Castro es una de las obras mejor logradas de su autor. La escritura es más depurada que en trabajos anteriores. La orquesta suena admirablemente bien; un ritmo pujante y juvenil, nada vulgar, mantiene el interés del oyente. El segundo movimiento, "trágico", es de gran originalidad y fuerza expresiva con su ritmo obsesionante. El final, quizá lo menos logrado de todo, contiene algunos momentos de discutible calidad melódica; no obstante se salva por su vida rítmica y su brillantez instrumental. Castro, profundo conocedor de la técnica del piano y de la orquesta, se revela aquí en uno de sus aspectos más felices. Antonio De Raco en la parte de piano y la orquesta dirigida por el autor ejecutaron magistralmente la obra, que fué muy aplaudida.

"Rondas de Primavera", de Debussy, nada nuevo nos dice de su autor. Diáfano, exquisito, sobrio, genial como siempre. La interpretación fué óptima.

Como número final del programa pudo oírse "El Mandarín Maravilloso", op. 19, del gran compositor húngaro Bela Bartok. Obra escrita con increíble suntuosidad orquestal, nos revela una mano experta en sumo grado y un buen gusto infalible. De dinamismo formidable, entusias mó al auditorio.

La orquesta venció las enormes dificultades de ejecución de esta obra con maestría.

PEDRO A. SÁENZ.



## EXPOSICIONES

### DEMETRIO URRUCHUA

No traslademos la ilustración, de las páginas del libro al lienzo, y mucho menos si estamos ilustrando una arenga callejera, porque el cuadro no es propicio al arte declamatorio.

La primera observación que surge de los cuadros de Urruchua es la que acabamos de anotar: declama y no añade con esto méritos a su obra.

Por otra parte, le falta todavía "oficio"; emplea abusivamente del negro para sombrear; quiere deformar las figuras, pero la deformación si ha de aceptarse, debe de obedecer a una estructura interna-geométrica que la justifique y que sea en cierto modo evidente; no domina todavía suficientemente el paso de un matiz a otro, por lo cual los planos con que pretende mostrar los volúmenes carecen de simplicidad; su dibujo es firme pero duro.

Resumiendo diremos que aún está en el camino de lograr dominio en los pinceles y su pintura no es fresca.

En cambio, consigue bastante expresión

en las figuras aisladas, no sin que sea de lamentar la deformación algo amanerada de los rasgos.

En conclusión, juzgamos que el renombre de Urruchua en algunos círculos proviene más bien de la simpatía hacia su ideología extraña, que de sus méritos de pintor que aún están por lograrse.

MIGUEL RETO

## RESEÑA DE LECTURAS

EL SENTIDO COMÚN, LA FILOSOFÍA DEL SER Y LAS FÓRMULAS DOGMÁTICAS. P. Reginald Garrigou Lagrange O. P. Traducción y prólogo por Octavio N. Derisi. Ediciones Desclé De Brouwer. Buenos Aires. 1944.

Este libro del P. Garrigou Lagrange, uno de los primeros suyos —la edición originaria es de 1908—, prestó desde su aparición incalculables servicios al tomismo renaciente. El autor nos decía, en oportunidad de su visita a Buenos Aires, que él había sido el primer sorprendido por esa influencia, pues fueron accidentales— relativos a la crisis modernista— los motivos que le determinaron a escribirlo. Y por eso ha sucedido que la mayor influencia la ejerciera, no lo que fué para el autor preocupación central, es decir, lo relativo a la inteligencia de las fórmulas dogmáticas, sino la preliminar fundamentación filosófica de esa tercera parte —“Qué es el sentido común”. “El sentido común y las pruebas tradicionales de la existencia de Dios”—.

Es que, con no ser todavía expresión de la madurez mental del autor, uno de cuyos frutos más acabados sería su libro sobre “Dios, su existencia y su naturaleza” (1915), están aquí de manifiesto las notas más características de su talento especulativo, a un mismo tiempo tan enérgico, tan agudo, tan profundo, tan preciso, tan concreto, claro y orgánico; y este privilegiado concierto de cualidades fué de tan fecunda influencia en este libro porque se aplicó a dilucidar y mostrar en sus más fundamentales consecuencias, esa intuición primera de la inteligencia, la intuición del ser en cuanto ser, a cuya luz conoce todo lo que es capaz de conocer y cuya riqueza es tal que con ese objeto se constituye la ciencia suprema, el saber por sobre todo perfecto en el orden natural, que es la metafísica, la intuición de ser en cuanto ser. Y porque mostró en él que no es sólo la especulación de los filósofos, encerrada en los términos de una técnica mental casi esotérica, sino hasta la más simple reflexión del sentido común o conocimiento vulgar, lo que reposa en esa intuición originaria. Y que es de ella que recibe su valor objetivo, su realismo, todo conocimiento.

Así como los usos favorecen o perjudican la práctica de los deberes morales, el predominio de tal o cual conformación mental si así puede llamársela, facilita u obstaculiza en cada época el discernimiento de la verdad. Así como hay desviaciones del gusto que inhiben en ciertas épocas la estimación de la auténtica belleza, por grande que sea su esplendor en algunas manifestaciones del arte de ese tiempo, la vigencia predominante de determinados modos de pensar que van contra la verdad, pueden en la generalidad causar algo así como un embotamiento de la inteligencia con respecto a ese resplandor de la verdad que es la evidencia, y provocar una tendencia irreflexiva, un movimiento casi mecánico del proceso del conocimiento en una dirección contradictoria de la que debería llevar para alcanzar su verdadero término.

Tanto que sería ingenuo contar pura y simplemente con la evidencia que le es inherente a la verdad para obtener su reconocimiento y la adhesión a ella. Sin descontar y desvirtuar en sus más íntimos resortes los usos mentales vigentes, esa presentación será poco menos que inútil; pasará desapercibida.

Esto fué lo que sucedió con la mentalidad occidental, en orden a la filosofía desde que, a favor de la disolución nominalista del realismo, a partir de la decadencia escolástica en el siglo XIV, Descartes entronizó vitalmente el modo idealista de pensar y Kant hizo de él una tan metódica formulación. En los siglos de esta dinastía, que tuvo por ciertos vástagos geniales, concluyó por adquirir categoría de axioma la tesis de que “un más allá del pensamiento es impensable” y se obtuvo que la inteligencia occidental diera espaldas al ser con tanta naturalidad, que la retorsión necesaria para ello se hizo insensible. Y fué la recuperación de la natural actitud realista, el reconocimiento de la intencionalidad de la inteligencia naturalmente tendida hacia el ser, lo que impuso el esfuerzo y la evidencia de una contorsión.

Cuando el P. Garrigou Lagrange publicó este libro en 1908, la contienda estaba en sus dificultosos comienzos. Y como más que cuestión de argumentar y demostrar era cuestión de *hacer ver*, de curar la obnubilación de la inteligencia con respecto al ser en su auténtica realidad de existencia actual o posible, estas páginas de quien tenía en alto grado el privilegio de *ver* y de enseñar a *ver* con una luminosidad tan accesible, cumplieron con singular fortuna la difícil misión de promover la conversión de la inteligencia vuelta de espaldas a su objeto propio y simultáneamente de confortar en su actitud a los que no habían accedido al idealismo, pero más en un movimiento de obscura reacción vital, en defensa de una salud que se sospechaba comprometida, que por obra de lúcido discernimiento.

Por eso se tiene con respecto a este libro bien hecho, una deuda de gratitud. Y ello explica que recibamos con alegría su difusión en castellano. Un servicio más prestado a la inteligencia por ese ejemplar apóstol de ella que es el P. Derisi.

T. D. C.

EL CANTO DEL AMOR Y LA MUERTE DEL CORNETA. CRISTÓBAL RILKE. Rainer Maria Rilke. Versión y prólogo de A. J. Battistessa. 80 páginas. Viau. Buenos Aires. 1944.

Otra versión de Rilke es cosa que ya no llama la atención en Buenos Aires. Casi tanto como los ensayos explicativos abundan las ediciones del poeta. Pero abundan, también, las pésimas traducciones y el palabrerío inconsistente. Rilke, figura polifacética, sirve para todo. Lo que faltan son las elaboraciones críticas o ese análisis impresionista que, a fuerza de serlo, es una verdadera creación.

Pero, lentamente, nos ponemos en contacto con el verdadero Rilke. Hace poco apareció una obra en que su autor (\*), con gran destreza en la técnica heurística, trataba el tema de la muerte, uno de los aspectos más apasionantes en la obra del poeta. Hoy aparece esta edición.

Traducción, la de Battistessa, que el propio poeta no hubiera titubeado en aprobar con rotunda afirmación, ¡Y qué edición! Análogo de buen gusto, donde se concilian el

acierto técnico y el alarde de sobriedad. Battistessa, que realiza en nuestro país la inhallable síntesis de traductor, escritor y profesor, parece aunar aquí todas sus fuerzas en magnífico despliegue de talento y erudición.

En torno a Rilke se ha forjado un clima de hojarasca otoñal. Sus márgenes —cosa que explica la proliferación de traducciones— son propicias a todas las cursilerías. Claro está que debe distinguirse a Rilke —el escritor y el hombre— del rilkeísmo. Aún cabría decir que hay rilkeísmo y... rilkeísmo.

Cuenta Daniel Rops que no podría especificar lo que debe a Rilke. Sin sufrir su influencia, sin admirar su persona, sintió el sortilegio de esa *mayéutica inefable por la que un hombre trata de estar más presente en sí mismo*. Ser uno mismo; tal era la lección de Rilke. Es interesante destacar que pareja observación —aunque sin darle cuerpo conceptual— hemos formulado muchos. Rilke mostraba —insinuándola sólo— la dimensión abisal de la individualidad. Naturalmente, eso no era literatura. Era mucho más: era toda una ética entendida en función de estética. Resuelta, quizá, como estética pero cuyo valor se da mejor como actitud que como expresión.

Lo que Daniel Rops expresó —por todos— era sólo sortilegio, hechizo momentáneo. Hechizo que desaparece al esfumarse la figura del encantador. Luego, la solución del problema apareció incompleta. Su planteo y sentido eran valederos por cuanto no comprometían el resultado final. Pero la solución resultaba superficial. Y, por superficial, sin rigor, ya que el rigor en las actitudes está en realizar las últimas consecuencias. *No creer que se comienza por la mística. Es necesario comenzar por la ascesis*, recuerda René Schwob.

Pero Rilke es sólo y nada menos que poeta. Es forzoso, pues, tomar su actitud donde él la dejó: a mitad del camino, a manera de orientadora piedra miliar. Como efectiva presencia pero... ¡presencia de la sombra!

Si su obra muestra el esencial sentido cristiano de la persona. Si es exaltado por la mejor poesía de hoy, por esa poesía que trata de no ser mera crónica de su tiempo y, sí, factor decisivo en la reconstrucción espiritual del hombre, son cosas que escapan al propio Rilke y, por lo mismo, no bastan.

La dramática nostalgia de la vida espiritual es, con el heroísmo y la santidad, una de las pocas pruebas definitivas de la existencia del hombre. Rilke expresó patéticamente esa nostalgia. Pero erró el camino. Quiso salvar sus sentimientos y salvó su sombra perdiéndose a sí mismo porque la individualidad no tiene sentido sin la Eucaristía. Se es individuo en Cristo pero no se lo es sin Cristo...

Otra cosa es el paisaje formal. Paisaje cuya primera muestra es el Corneta que, como dice Battistessa, *preanuncia un primer momento de plenitud expresiva y se hace heraldo no sólo de su fama sino también de los aciertos venideros*. El Corneta es, en Rilke, conjunción de heroísmos. Todo en el poema exalta el valor. Exaltación de la vida — exaltación de la muerte — exaltación del amor y exaltación... del lenguaje. La prosa es, como conviene a quien exalta el heroísmo, *sorda y trepidante*, cosa patente en la traducción. Allí donde los demás traductores fracasaron triunfa Battistessa. Se está, siempre, al correr de las páginas, con Rilke, ante Rilke. En *aplicada y amorosa familiaridad* se va creando una atmósfera en la que el Corneta se encuentra muy a gusto.

De las traducciones del poema que tuve oportunidad de revisar —aclaro: dos españolas, dos francesas, dos italianas y una inglesa— ésta es quizá la primera que me habló del Rilke auténtico, del Rilke que cabalga con su Corneta —a manera de lampadoforia— a través del viejo continente, llevando su lección de europeidad.

J. A. G. M.

### NUESTRO TIEMPO

Revista Semanal

Colaboran los mejores escritores

Aparece los viernes

Subscripción anual \$ 10.—

Por semestre \$ 5.—

Número suelto \$ 0,20

Dirección y Administración:

Sarmiento 930 6.º B — U. T. 35-4800

(\*) Hse Brogger: *El problema de la muerte en Rainer Maria Rilke* Instituto de Estudios Germánicos. 1943.

# VIDA INTELLECTUAL

Reproducimos los siguientes párrafos del discurso pronunciado por el señor Interventor Nacional de la Universidad del Litoral, Dr. Rómulo Echeverry Bouco en la Conmemoración del 130 Aniversario de la Revolución de Mayo en dicha Universidad.

Ante todo, el problema de la Universidad Argentina señalado como un estado de profunda crisis en lo moral, en lo docente, en lo social y en lo disciplinario, no lo creó la revolución de Junio como resultado de una aspiración teórica de mejoramiento institucional, sería una ceguera afirmar así—. Hace ya varios lustros que viene señalándose esta crisis por todos los órganos de expresión de la opinión pública del país. Lo fue desde la cátedra universitaria, desde las tribunas culturales, desde el Congreso de la Nación y, muy particularmente, desde los sillones rectorales. Así, al inaugurarse el año lectivo de 1943, desde este mismo sitio, desde la Universidad de Buenos Aires, de Córdoba, de La Plata, de Tucumán y de Cuyo, los respectivos Rectores en sus discursos inaugurales del año universitario, aludieron claramente a la crisis ética y técnica porque atravesaba la Universidad. Estado de crisis ética y técnica que exigía de inmediato la más profunda modificación de las bases culturales de la enseñanza, dando primacía a la educación clásica nutrida de conocimientos espirituales, a fin de que la cátedra, absorbida hasta ahora por la preocupación exclusiva de lo técnico, no careciera del complemento básico de una cultura humanista completa y sustancial, destinada al fin primordial de que la Universidad no fuera sólo un órgano del Estado encargado de otorgar títulos habilitantes para el ejercicio de las profesiones liberales, sino, que cumpliera en grado eminente la tarea de la formación moral, espiritual y cívica del investigador y del profesional; creando así la conciencia de la jerarquía que es de donde surge clara la noción de la responsabilidad por la misión apostólica, social y patriótica que cada egresado debiera sentirse noblemente inclinado a cumplir. Se señala con estos propósitos además, el medio más seguro de despertar y guiar la verdadera vocación del estudiante, sin la cual los cuadros docentes de la Universidad por más que cuenten con un perfecto equipo experimental para cumplir el ciclo de investigaciones, etc., no opera la selección necesaria que evita el monstruo del pauperismo intelectual, mil veces más pernicioso que los otros, por llevar en la entraña el germen del resentimiento social a causa del fracaso de una vida mal orientada y sin preparación para afrontar con dignidad la misión social que debía cumplir. De ahí, que de todas partes partía como voz de orden la que hay que "espiritualizar la universidad y la escuela" como postulado básico de toda reforma en la enseñanza.

La Revolución se encontró con la realidad palpable de una profunda crisis ética y cultural de la Universidad; de un desequilibrio formativo integral en la preparación de la juventud, ocasionada por una desmedida gravitación de lo técnico y lo profesional, en desmedro de bases humanistas cristianas necesarias para la concepción integral del ser, que es centro de la sociedad.

Esta carencia del elemento vital en la formación intelectual, lleva, entre otras extremas consecuencias, fatalmente al indiferentismo patriótico por el engrandecimiento de la Nación, cuando no, a la impermeabilidad para concebir la vocación científica o profesional con objetivo eminente de crear la grandeza de la misma. Sin este concepto se concibe la ciencia y sus elementos especulativos y prácticos como medios exclusivos para la aplicación egoísta de los conocimientos adquiridos, sea en la orientación hacia la investigación científica pura o sea en el ejercicio de la profesión que sólo se aplica con miras externas o foráneas, orientándose el candidato en la búsqueda del mejor mercado económico para la aplicación y ejercicio de su especialidad, sin la menor preocupación por los deberes de colaboración que, con justo título, reclama el progreso, el prestigio, la fortaleza y la grandeza del país que nutrió su espíritu!...

Tal era la realidad sustancial de una numerosa falange de los egresados de la Universidad Argentina. Calidad de resentidos con un Estado que no había preparado el medio social para sostener económicamente y dar destino en el servicio público o privado a los profesionales que formaba y que, carentes de todo concepto ético y de los deberes jerárquicos, volvieron su espalda a la Patria, y echando por la borda, como prejuicios inconducentes, toda idea de sacrificarse por el ideal del engrandecimiento de la Nación, se lanzaban a otras tierras donde pudieran ser útiles por su capacidad técnica, para responder a la demanda de profesionales que exige el progreso sobrepasado de otros pueblos!...

Cruel realidad sin duda, que hubiera querido disimular para no empañar el brillo de esta fiesta,

## BIBLIOTECA DEL PEREGRINO



Los grandes autores católicos de todas las épocas, en libros cuidadosamente impresos y encuadernados.

ALEJANDRO MANZONI: Observaciones sobre la moral católica. Prólogo de Tomás D. Casares ..... \$ 6.—



SAN ROBERTO BELARMINO: Libro de las Siete Palabras. Prólogo de Antonio Vallejo. O. F. M. .... \$ 5.50

APARECERÁ EN SEPTIEMBRE

SAN AGUSTÍN: Doctrina de vida espiritual. Una obra fundamental de utilidad cotidiana. En dos tomos de 680 páginas cada uno.

EMECÉ EDITORES, S. A.

San Martín 427 — Buenos Aires

lo que me impide los deberes de la hora y porque no temo señalarlo ante un pueblo de varones de estirpe cristiana e hispánica como el nuestro, que no se detiene a llorar como los débiles ante las consecuencias de sus propios pecados y maquinaciones, sino que, al contrario, se despierta ante ellas como el león de su madraza y sabe cuadrarse ante el rugido de nuestros próceres para recuperar su dignidad y ponerse a la empresa reconquistadora que, en el caso, es de vitalizar el alma de nuestra Universidad. Ella resurgirá como faro luminoso, guiando el nuevo despertar de nuestra Patria y haciendo a sus hijos conscientes de la misión que nos legaron los hombres de Mayo en la mañana del 25, al poner en nuestras manos la antorcha de la libertad, sin egoísmo, abiertos los brazos para todos los hombres del mundo capaces de valorarnos en nuestros afanes de amplia colaboración y solidaridad cristiana!

## ECONOMIA

### LA ZONA NORTE DE LA REPUBLICA EN EL PROGRAMA DE LA DESCENTRALIZACION INDUSTRIAL.

La campaña iniciada desde algunos sectores de la economía argentina en favor de la descentralización de las industrias, ha encontrado favorable acogida, provocando un fundado optimismo en algunas provincias, sobre todo en aquellas que, pese a sus grandes posibilidades, no han alcanzado todavía a cubrir ni una mínima parte el aprovechamiento de sus riquezas.



Se ha podido comprobar en los últimos años un pronunciado acrecentamiento de su producción industrial en las provincias norteñas. En Salta el número de establecimientos fabriles, así como el de obreros y personal ocupado, y el monto de los salarios pagados se ha duplicado en poco tiempo, pero sin embargo están muy lejos de haber alcanzado a cubrir el nivel de sus posibilidades. Los núcleos más representativos de su comercio, de su industria y de su producción que han vivido y estudiado el problema, frente a la iniciativa recientemente aparecida han levantado un ambiente altamente favorable y han expresado un anhelo incontenido de colaboración efectiva.

La zona norte en razón de su clima subtropical, de sus características topográficas y de la feracidad de sus tierras, ofrece grandes perspectivas al desarrollo de cultivos especiales, tanto por la calidad de los productos como por los rendimientos que se obtienen. Los índices de su producción, no obstante efectuarse la mayor parte de los cultivos en una forma deficiente y a veces primitiva son en este sentido muy halagadores. Los productos cuyos cultivos se realizan mediante procedimientos modernos, alcanzan índices superiores a los del resto del país, como ocurre con el tabaco en los tipos rubios exóticos, —Virginia, Burley de calidad inigualada—, con las legumbres en el Valle de Lerma y el pimiento en los Valles Calchaquies, en los que han encontrado tierras aptas y condiciones tan favorables que la calidad y el rendimiento superan los cálculos más optimistas. El fomento intensivo de estos productos como muchos otros propios y exclusivos de la zona, podría dar vida a muchas e importantes industrias. Dentro de la actual producción, es decir, de lo ya conocido, cabe señalar por su importancia, algunos productos de reconocida calidad que podrían aprovecharse eficazmente como base en la descentralización propiciada.

Las finas y variadas maderas ofrecen a la industria maderera un campo inagotable de grandes posibilidades. En la región de Orán, donde se encuentran bosques inmensos, existen actualmente dos fábricas de maderas terciadas que, a pesar de las dificultades propias de las industrias nuevas que deben afrontar, se desarrollan en forma floreciente. Los extensos bosques que cubren la región del norte dan vida a una población de más de 25 mil habitantes a través de cerca de 100 obrajes y aserraderos. La casi totalidad de las maderas extraídas, salen generalmente en bruto, de la zona de producción hacia los centros industriales para su transformación, recorriendo miles de kilómetros y debiendo afrontar el problema de la falta de vagones y de otros medios de transportes, hasta el extremo de verse precisados a suspender la explotación, dejando sin trabajo a los miles de obreros ocupados en los obrajes y aserraderos.

La industria del cuero, cuenta también en el norte con grandes perspectivas de explotación. Los cueros de Estre han sido considerados en el exterior como imbatibles por su tamaño, grosor y calidad, y sus precios han sido los más altos de plaza, pero a pesar de ello esta industria no ha pasado de su primera fase de industrialización, remitiéndose los cueros a los centros industriales para su aprovechamiento y transformación posterior. Lo mismo sucede con los productos del olivo, de las plantas de fibras textiles, de las cortezas, medicinales, etc. Estos productos propios de la región cuentan en los centros industriales con aceptación, a pesar de las dificultades, altos fletes e intermediarios que los encarecen; cabe esperar que su industrialización en la zona donde se producen, redundará en menores costos con mayores ganancias. Aparte de ello la implantación de algunas nuevas industrias en el norte argentino, tendería a propulsar el progreso general de una zona extraordinariamente privilegiada, y a asegurar sobre todo para los productos allí obtenidos los mercados de Bolivia y del Norte de Chile, que competirían ventajosamente con los de otros países en razón de la menor distancia a recorrer.

Por otra parte, el Norte como puerta de entrada al comercio con los países vecinos merece ser atendido urgentemente en algunos de sus problemas fundamentales cuya solución aseguraría mercados y acrecentaría vínculos de afecto con países tradicionalmente amigos. Por ello se impone apurar la terminación del ferrocarril a Socompa, camino a Antofagasta y al Norte de Chile, la terminación del ferrocarril a Yacuibá, que intensificaría el comercio con el sudeste de Bolivia, y la solución definitiva de las frecuentes interrupciones en estas vías de comunicación, como las que suceden en el lugar denominado El Volcán en la línea férrea que une nuestro país con Bolivia.

He aquí escuetamente trazadas algunas de las muchas posibilidades de establecer industrias en el norte argentino, posibilidades que justifican un estudio detallado del que seguramente surgirían nuevas e imprevisibles posibilidades que redundarían en beneficio de esa gran zona y por ende de la economía de la Nación.

Instituto "Alejandro E. Bunge", de Investigaciones Económicas y Sociales.